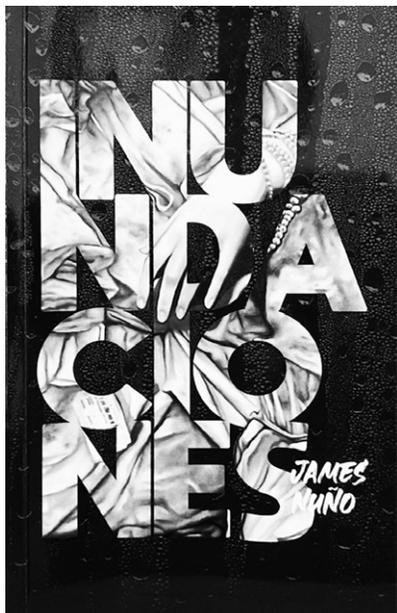


# Comentario al libro *Inundaciones* de James Nuño

BRENDA GONZÁLEZ SOLÓRZANO\*



Hace algunas semanas, tras haber recibido la cálida y generosa invitación de mi querida Carmen Villoro a compartir hoy un comentario sobre *Inundaciones*, me dispuse alegre y veloz a recoger mi ejemplar para sumergirme en sus corrientes cuanto antes. En el trayecto, mi familia me acompañaba. Les compartía mi ilusión al imaginar la ocasión, la fecha, la posibilidad de que asistieran junto conmigo.

—Mamá, ¿podemos leer juntos ese libro? —intervino mi hijo mayor, de 5 años.

—¡Sí, claro! —respondí ingenua y apresuradamente.

Mi creciente y casi exclusivo contacto con cuentos infantiles, en los últimos años de mi vida, tomó la palabra sin dudar, muy seguro de sí mismo en su monopolio. Bastaron unas gotas, apenas echar ojo a algunas líneas de la obra de Nuño para saber que el encuentro entre mi hijo y ella tendría que esperar algunos añitos más.

*Inundaciones* se compone de ocho cuentos-cauces que, ya en forma de súbitas “precipitaciones”, ya como ominosos “desbordes” o inesperados “escurrimientos”, nos ponen cara a cara con diversas manifestaciones de lo fatídico de la vida y las despiadadas secuelas que éstas imponen en cada uno de los personajes que los protagonizan. Incapaces, al igual que todos nosotros, de eludir el dolor psíquico y emocional que conlleva nuestra existencia y cualidad humanas.

Grande T. S. Eliot para hacer de la mayor de las desdichas poesía. Y para quien *Nuestro cuerpo bajo la nieve* rinde homenaje:

\*Brenda González Solórzano  
Psicoanalista titular  
de la Asociación  
Psicoanalítica de  
Guadalajara y del  
New Center for  
Psychoanalysis, Los  
Ángeles. Miembro de  
IPA, FEPAL y APsA.

brenda.glezs@gmail.com

*Abril es el mes más cruel, hace brotar  
lilas en tierra muerta, mezcla  
memoria y deseo, remueve  
lentas raíces con lluvia primaveral<sup>1</sup>.*

“Imagínate” —habría dicho Bernie en otro tiempo— “cómo es saber que la vida florece tras la devastación, una y otra vez, en un eterno ciclo; ese recordatorio de que la vida nos mirará, indiferente, en nuestra decadencia, y nos olvidará en cuanto hayamos muerto”. Bernie, el queridísimo amigo del hermano de Iván, del novio de Nina, de ese personaje sin nombre que narra en primera persona sus gélidas penas en medio de la guerra y que puede, a la vez, a través de su anonimato, ser cualquiera de nosotros. El dolor no discrimina.

Sigmund Freud, al escribir en 1930 *El malestar en la cultura*, señala tres fuentes máximas de sufrimiento humano. La primera, la fuerza de la naturaleza indomable e hiperpotente; la segunda, el cuerpo propio en tanto susceptible de enfermar y morir; y la tercera, las relaciones afectivas con los otros (sociales, familiares, amorosas). Sufrimientos que nos someten en tanto no hay forma de escapar de ellos, del mundo en el que vivimos, del cuerpo que habitamos para existir y del efímero dominio que ejercemos sobre él, de la interrelación con otros, de los que venimos y nos hacen, y, sí o sí, dejan marcas en nosotros.

El cuerpo y los otros, indispensable mancuerna para toda relación afectiva. Tal como el de las fuerzas pulsionales detrás que pueden entrelazarse hacia la fortuna, o soltarse hasta la desgracia. Por un lado: Eros, capaz de hilvanar y levantar el cuerpo incipiente o enfermo, esa pócima mágica que se genera en la relación sensible y amorosa, materno-filial o transferencial. Por otro lado: Tánatos, capaz de cortocircuitar todo;

el cuerpo mismo, los hilvanos de Eros, ante la pérdida abrupta del ser amado.

*Inundaciones* es un acercamiento preciso al momento en que un descarrilamiento tal irrumpe en la cotidianidad de sus personajes. Como un accidente estrepitoso y mortal. Marea traumática de duelo imposible y un grito ahogado incapaz de por fin pronunciar: “No, no estoy bien, gracias”. O la muerte del padre. Una pérdida real que por vía de una negación feroz al desear: “Que no falte... nada”, antecede una pérdida simbólica, evaporando los efectos de la significación de su nombre o su ley, en palabras de Lacan. Naufragando así en una desprotección tan insufrible como pretender pasar la noche entera escuchando el llanto incesante de un bebé en una sala de pediatría.

En 1901, Freud escribió *Psicopatología de la vida cotidiana*, artículo para el que imagino los cuentos de James Nuño como borbotón ilustrativo de muchos de los planteamientos fundamentales para el psicoanálisis que en él se exponen, propulsado además por una pericia *thrilleresca* que va dejando asomar a la par más allá de lo cotidiano.

Sueños desfigurados, *pesadillas* ominosas en uno, dos, tres actos. Repeticiones tan familiares como ajenas, inconscientes, los surcos pulsionales que desembocan en ellas. / Impulsos y pasiones sin freno que se apoderan del timón del Yo disfrazadas de *causas honorables*, ciegas, hasta la perversión, el odio, la venganza. / Contagios de locura, arrebatos de furia incubada como la peor de las *gripes*. El pensamiento y el Yo abolidos, zombis descabezados como resultado y como restitución. / Lapsus, olvidos que delatan el verdadero deseo no asumido. Formación de compromiso perfecta, al liberarlo de su atrapamiento *cataléptico* y satisfacerlo, pero sólo por vía de cuota, por supuesto, la de un suicidio laboral. / *Inundaciones* de soledad, de movimiento y crisis tan dolorosas como necesarias para crecer, para llegar a ser, para transformar, para sanar.

<sup>1</sup> *La tierra baldía* (fragmento) de T. S. Eliot.

Hasta aquí sólo unas pinceladas a manera de entremés sobre las múltiples subjetividades y los destinos que se van abriendo dentro de este pequeño gran libro negro. Historias de dolor, de ilusión, de pena, de la experiencia misma de estar vivo en toda su magnitud y su crudeza. Sobra decir, quizá a estas alturas, que no, no se trata de cuentos infantiles. Sin

embargo, cada uno de ellos transmite el sensible conocimiento por parte de su autor de estar acogiendo ahí, al otorgar espacio, palabras y tiempo a los dramas internos, algo quizá tanpreciado como la infancia misma.

Acogida fértil, como la del psicoanalista, que se vuelve potencial para que otras historias puedan escribirse.